

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, OCTUBRE 15 DE 1873.

{ NUM. 46.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS:

HISTORIA II.

FRAY ANDRES MERINO.

“Teme á Dios, honra á tu padre y á tu madre.”

Fr. Andres Merino de Jesucristo fué un sabio escolapio, y uno de los hombres mas virtuosos del pasado siglo.

Un dia que estaba explicando la leccion en la escuela, con aquella claridad y sencillez que tenia por costumbre, entró en ella su anciano padre, y por no interrumpirle, se sentó en uno de los bancos, entre los niños.

El P. Andres, en cuanto vió á su querido padre, se levantó, quitó de su cabeza el bonete que la cubria, y prosiguió su leccion.

Todo el tiempo que su padre permaneció en la escuela, Fr. Andres estuvo descubierto.

Vosotros comprendereis, hijos míos, si aquella accion muda, pero edificante, haria impresion en los tiernos corazones de aquellos niños y en el ánimo

de aquel anciano padre, que al oír explicar á su hijo lloraba de alegría.

Así fué que en cuanto el P. Andres terminó la explicacion, todos los discípulos se levantaron, y entusiasmados gritaron: «¡Viva nuestro maestro! ¡Viva su anciano padre!»

—Ahora tambien quiero yo gritar, mis pequeños hijos, y ¡ojalá que mis acentos lleguen hasta el fondo de vuestros corazones, y mis vítores resuenen siempre en vuestros oídos!

Ea, hijos míos, gritad conmigo: ¡Viva el hijo que honra á sus padres! ¡Viva el que respeta la ancianidad!

HISTORIA III.

HONOR A LOS MAESTROS.

“La antigüedad profana reputaba por reo á un jóven que no se levantaba cuando llegaba un anciano á su presencia.”

El gran emperador Teodosio, convencido de que el elevado nacimiento y las riquezas son nada sin una buena educacion, mandó buscar por todos sus Estados el hombre mas sabio y virtuoso que se en-

contrase, para encargarle de la educacion de su hijo.

Este hombre se llamó el filósofo Arsenio.

El emperador le confió su hijo para que le instruyese y formase de él un hombre sabio y virtuoso.

El jóven educando, lleno de vanidad al considerarse hijo del emperador, se sentaba siempre para escuchar la leccion de su maestro, á quien hacia estar descubierto y en pié.

Un dia entró el emperador, y viendo á su hijo sentado y al filósofo en pié, dijo indignado:

—«Levántate, rapaz, y cede ese asiento á tu maestro. Levántese la ignorancia y acate la sabiduría. Levántate, niño orgulloso. ¿Con qué derecho estás sentado? Las riquezas y el nacimiento son un don de la casualidad, y por tanto, ningun mérito has contraído por tí mismo. Dios puede quitarte todas tus riquezas mañana, hoy mismo; pero la sabiduría es un verdadero mérito que debe ser respetado por todos, y sobre todos, por tí, á quien va á comunicar su ciencia y virtud. Levántate, y cede ese puesto á tu maestro.»

¡Y sin embargo, aun vemos niños que algunas veces menosprecian á su maestro porque es pobre, y ellos son hijos de acaudalados propietarios!

—¿Qué pensais de esto, hijos míos?

EL ALMA.

MARIA.—¿Qué es el alma, mamá? Siempre oigo hablar de ella y no sé lo que es.

LA MADRE.—El alma, hija mía, es lo que nos distingue de los animales; es lo que nos vivifica, lo que nos hace andar, mirar, hablar, etc.

MARIA.—Bueno; pues si los animales también hacen todo eso, tienen alma.

LA MADRE.—Ciertamente; pero su alma y la nuestra no son iguales, pues nosotros pensamos y ellos no. Tú aprendes las lecciones que yo te enseñé de gramática y geografía; cosas, estudias el piano; y si quisieras que tu perro ó tu gato hicieran algo de eso, nunca lo conseguirías; esto quiere decir que tu alma es racional, esto es, que tienes razón, y la de los demás animales es irracional, esto es, que no tienen razón.

MARIA.—¿Y quién hizo el alma?

LA MADRE.—El que formó todas las cosas. ¿No has leído en tu historia sagrada que Dios creó al hombre á su imagen y semejanza? Pues bien; eso significa que le dió un alma parecida á Él, puesto que Dios no tiene cuerpo como nosotros.

MARIA.—Y si nos faltara el alma, ¿no podríamos hacer nada de lo que ahora hacemos?

LA MADRE.—Nada; ¿no has oído decir algunas veces que alguno murió?

MARIA.—Sí, muchas veces.

LA MADRE.—Pues eso quiere decir que su alma se ha separado de su cuerpo, que ya no ve, no siente, no vive.

MARIA.—¿Y cuando los animales se mueren es también porque les falta su alma?

LA MADRE.—No; es porque su alma se ha muerto; cuando un pájaro deja de existir, todo se acabó para él; no sucede lo mismo con el hombre; te he dicho que su alma se separa, no que se muere.

MARIA.—¿Y qué sucede entonces? adónde va?

LA MADRE.—Va al infinito, de donde vino.

MARIA.—Cuando yo muera, quisiera saber adónde irá mi alma?

LA MADRE.—Irá al cielo; cuando un alma buena deja el mundo, sube allá como el incienso que se quema en los altares; va ligerísima, invisible, á perderse en el espacio azul, como se pierde en el aire el suave perfume de la azucena. Cuando el espíritu de un niño vuela allá, es en brazos de un hermosísimo arcángel, va como una suave armonía á vivir para siempre en eternos campos de luz.

ANGELA LOZANO.

Setiembre 30 de 1873.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO I.

Del modo de conducirnos en la calle.

I

Conduzcámonos en la calle con gran circunspección y decoro, y tributemos las debidas atenciones á las personas que en ella encontremos; sacrificando, cada vez que sea necesario, nuestra comodidad á la de los demás, conforme á las reglas que aquí se establecen.

II

Nuestro paso no debe ser ordinariamente ni muy lento, ni muy precipitado; pero es lícito á los hombres de negocios acelerarlo un poco en las horas de trabajo. En una mujer, siempre sería impropio el paso acelerado.

III

Los movimientos del cuerpo deben ser naturales y propios de la edad, del sexo y de las demás circunstancias de cada persona. Gravedad en el anciano, en el sacerdote, en el magistrado; suavidad

y decoro en la señora; modestia y gentileza en la señorita; moderación y gallardía en el jóven; afectación en nadie. *

IV

Los brazos, ni deben dejarse caer de su propio peso de modo que giren libremente, ni contraerse hasta el punto de que vayan como adheridos al cuerpo, sino que deben gobernarse lo suficiente para que lleven un movimiento suave y elegante. En cuanto á las señoras, ellas no deben llevar nunca los brazos sueltos como los hombres.

V

No está admitido llevar las manos ocultas en la parte del vestido que cubre el pecho, ni en las faltriqueras del pantalón. Las manos deben ir siempre á la vista y en su disposición natural, sin recoger los dedos ni extenderlos.

VI

Nuestras pisadas deben ser suaves, y nuestros pasos proporcionados á nuestra estatura. Solo las personas ordinarias asientan fuertemente los pies en el

* Recomendamos á los jóvenes el estudio y la práctica de las reglas del baile, como un medio de adquirir movimientos elegantes.

suelo, y forman grandes trancos para caminar. Respecto del paso demasiado corto, esta es una ridícula afectación, tan solo propia de personas poco juiciosas.

VII

No fijemos detenidamente la vista en las personas que encontremos, ni en las que se hallen en sus ventanas, ni volvamos la cara para mirar á las que ya han pasado; costumbres todas impropias de gente bien educada, y que si pudieran ser perdonables en un hombre, jamás lo serían en una mujer.

VIII

No nos acerquemos nunca á las ventanas de una casa con el objeto de dirigir nuestras miradas hácia adentro. Este es un acto incivil y grosero, y al mismo tiempo un ataque á la libertad inviolable de que cada cual debe gozar en el hogar doméstico.

IX

Una persona de educación, especialmente si es una señora, no se detiene delante de las ventanas de una casa donde se celebra un festín.

X

Cuidemos de no hablar nunca tan recio que los demás puedan percibir distintamente lo que conversamos.

[Continuará.]

MELITO Y EL GÜERO.



XVII

Ahora sí aceptó el señor papá de Melito el caramelo nuevo que hubo de ofrecerle su chiquitín; y no solo, sino que debió de darle sumo contento, á juzgar por el halagüeño rostro que muestra en el grabado anterior, y que está sacado del natural. ¿Por qué le daría tanto gusto? Cuestión es esta, sobre la que es fuerza decir dos palabras. Para Melito, la causa fué pura y sencillamente que el caramelo no estaba usado; pero yo, que soy amigo del papá, y que por lo mismo estoy al tanto de lo que le pasa, puedo decir á ustedes la verdad: no fué precisamen-

te el caramelo lo que tan contento le puso, sino la buena intención, la cariñosa solicitud de su hijito; intención que Melito no le había revelado con palabras, puesto que ya vimos que su monólogo fué de todo punto silencioso. Pues entonces ¿cómo la supo? Adivinándola. Porque han de saber ustedes para su gobierno, que los papás adivinan los pensamientos y las intenciones de sus hijitos, por lo cual es preciso tener mucho cuidado no solo con lo que se hace, sino con lo que se piensa.



XVIII

Pero entre tanto, el malhadado papel no parece; y debe de ser importante, no tiene remedio. Trepóse, pues, el papá de Melito en una silla, y vuelta á remover legajos, y á escudriñar cajones, y á perder de nuevo la paciencia. Melito desistió de seguir ayudando á su papá, vista la inutilidad de sus anteriores afanes; y para emplear el tiempo en algo de provecho, emprendió pintar en un papel viejo que andaba rodando por el suelo, la escena aquella, la escena capital, la que dió origen á esta verídica nar-

racion: el Güero, en el momento de escupir á Melito y de decirle *feo*. En la manera de tomar el lápiz conocerán ustedes que Melito no ha asistido nunca á las clases de la Academia de San Carlos, ni le reconocen como discípulo particular los Sres. Rebull y Pina; de consiguiente, no me parece cuerdo exigirle un cuadro como los que pinta Rosa Bonheur, artista francesa que tiene gracia particular para pintar animales. En fin, dejen ustedes que nos lo muestre concluido, y veremos.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LA PIEZA DE ORO.

(Concluye.)

Se habian pasado muchos años sin que hubiesen vuelto á parecer en Paris. M. de Murval habia casado á su hija con un rico hacendado, que tenia una vasta posesion en Normandía, junto á Falaise. Era el mes de Setiembre, por la temporada en que se celebra la afamada feria de Guibray, á la que concurren negociantes de todos los puntos de Francia, y aun de algunos de Europa. Santiago y Guillermo, que habian establecido algun tiempo hacia el comercio de sedas de Leon, vinieron con su tienda á esta feria, en la que pusieron de muestra las mas ricas telas, y cintas del último gusto. M. de Murval habia venido con su familia á ver la feria de Guibray. Pasó con su hija y su yerno frente de la tienda de Santiago y Guillermo, quienes á su aspecto, conmovidos y admirados, se dijeron quedito uno á otro: «¡El és! ¡ella es!.....» Dió la casualidad que la hija de M. de Murval comprase dos luises de cintas; sacólos de su bolsillo, y al darlos á los dos mercaderes que habian desdoblado sus telas y vistosas cintas con la mas extraordinaria atencion y complacencia, uno de ellos le dijo con mucha expresion y clavados los ojos en ella: «Estamos pagados, señora.—¿Qué quiere vd. decir? respondió Eufrosina, ¿ha pagado acaso mi padre anticipadamente y sin noticia mia?—Yo! dijo M. de Murval, no he dado un ochavo, ni sé tampoco qué quiere decir esto.—Tiene razon mi hermano, repuso el otro mercader con la misma conmocion; sí, señor, estamos pagados; y aunque ustedes tomasen toda nuestra tienda y todos nuestros almacenes, todavía seriamos deudores suyos.» Estas palabras dieron nuevo aumento al asombro de la

familia de Murval, que no sabia á qué atribuir tan extraño lance, cuando saliendo repentinamente de la tienda Santiago y Guillermo, y echándose á los piés de M. de Murval, exclamaron tomando el acento de su país: «¿No conoce vd., pues, á dos pobres montañesillos á quienes socorrió tan generosamente?—Qué, ¿serian estos mis dos buenos auvernianos? dijo Eufrosina, asombrada y gozosa como su padre; ¡cuánto han crecido! Se lee en su rostro la dicha y hombría de bien. ¡Qué aire tan desembarazado, y qué mudanza en su modo de hablar!—¡Ah! repuso Santiago; es que andando tierras, coge uno sus modales; y nos hemos formado durante los diez y ocho años que estamos viajando en Francia.—¿Se acuerda vd., señora, dijo Guillermo á Eufrosina, que al darme un luis igualmente que á mi hermano, me dijo con la mas insinuante bñdad: *Deseo que te aproveche?.....* Pues bien, señora, el beneficio de vd. ha prosperado mas allá de sus deseos; todo nos ha salido bien; y hemos llegado hasta el estado en que nos hallamos. Esta rica tienda no es mas que una reducida parte de lo que poseemos, nuestro crédito es inmenso, y se extiende nuestro comercio á todos los extremos de la Francia. Pregunte vd., é infórmese de los negociantes mas fuertes reunidos en esta feria, y le dirán si se hace aprecio de Santiago y Guillermo.—Vengan vdes., añadió Santiago, ¡ah! vengan vdes. á nuestra tienda; es obra suya y beneficio suyo. Al darnos vdes. los dos luises, raíz de nuestra fortuna, nos hicieron tomar el mejor desayuno que hubiésemos tenido hasta entónces; acepten vdes. una comida en nuestro almacén, y les contaremos cuanto hemos hecho para llegar al estado en que nos vemos, y repetiremos á la señora la danza y tonadas de nuestra tierra, que la hacian reir de tan buena gana.—Sí, aceptamos, dijo Eufrosina conmovida; será la comida mas deliciosa que haya hecho en mi vida. ¡Ah! ¡cuánto celebro el haber fomentado prendas tan nobles, y qué gozo ten-

go de volver á hallar á mis dos queridos montañesillos!.....» A estas palabras, M. de Murval y su familia entraron en el abundante almacén de Santiago y Guillermo, en que con la mayor presteza les sirvieron una comida espléndida, á cuyo gusto dieron nuevo realce los acentos de la mas pura alegría y de una gratitud la mas cordial.

Acabada la comida, se pusieron Santiago y Guillermo á bailar un paso de Auvernia que acompañaron de canciones, en que de nuevo expresaron la dicha que experimentaban en poseer á sus amados bienhechores. Cuando estaban entregados á todo su regocijo, oyóse gritar á fuego en la feria de Guibray, y vióse precipitar un espantoso tumulto. Salen al punto, y alcanzan á ver las llamas que se elevaban de la tienda de un famoso fabricante de Leon. Este hombre respetable, y padre de muchos hijos, queriendo salvar del incendio varios géneros de esquisito valor, se habia internado en su repuesto. Dos hijas suyas, que le habian acompañado á la feria, concebian los mayores sobresaltos sobre la suerte de su padre, y hacian resonar el aire con sus clamores, cuando de repente Santiago y Guillermo atraviesan por en medio de las llamas, se exponen á una muerte cierta, y de allí á poco rato vuelven á parecer con aplausos de los circunstantes, trayendo en sus brazos al fabricante de Leon, que no cesaba de designarlos y darles gracias como á libertadores suyos. Habiéndose apagado el fuego con ayuda de los numerosos socorros que se le opusieron, Santiago y Guillermo hicieron á M. Blondel (era el nombre del fabricante de Leon), la propuesta de pasar al almacén de ellos los géneros suyos que se habian salvado de las llamas, y de fijarse en él hasta el remate de la feria. Aceptó el fabricante, y seguido de sus dos hijas, Angélica y Luisa, entró en el repuesto de Santiago y Guillermo, quienes le anunciaron que á fin de evitar nuevas molestias, dormirían en una posada de la ciudad, y que durante el dia harian sociedad comun. M. Blondel, al aceptar estas ofertas hechas con todo el afecto de la sinceridad, les confesó que aunque el fracaso que acababa de ocurrirle no podia menoscabar considerablemente su caudal, experimentaba, sin embargo, el momentáneo disgusto de no poder corresponder á varios empeños que tenia contraídos para la temporada de la feria, y que por primera vez en su vida se veía obligado á diferir sus pagos. «¿Diferir vd. sus pagos! ¿Vd., M. Blondel? exclamó Santiago: nó, no sufriremos que uno de los primeros fabricantes de Leon exponga en la menor cosa un crédito que ha sabido granjearse con cincuenta años de afanes y probidad; y al dar á vd. parte en nuestro repuesto y en nuestro cuarto, se la damos igualmente en nuestro bolsillo.—Sí, añadió Guillermo, serán pagadas todas las libranzas de vd., cuyo importe nos reintegrará cuando lo tenga por conveniente. Cuando nos presentamos, cinco años há, y con la carga á cuestras, en su casa de vd. de Leon, nos fió sus géneros, y franqueó su crédito: pues ahora bien, hoy es nuestro turno; sí, es una obligacion por cuyo cumplimiento nos tenemos muy felices y ufanos.....» Este noble arranque de Santiago y Guillermo, penetró de júbilo y ternura al respetable M. Blondel, y á uno y á otro los apretaba sucesivamente contra su pecho: Angélica y Luisa no podian tampoco menos de entregarse á todo su enternecimiento, lo que las hacia mas agraciadas todavía. M. de Murval, que durante este tierno lance habia estado silencioso, igualmente que sus hijos, se dió de nuevo mil parabienes á sí mismo de haber proporcionado con una simple pieza de oro á la sociedad humana dos hombres tan honrados, y dos comerciantes tan estimables. Despues de haber pasado lo restante del dia con estas buenas gentes, las dejó haciéndoles prometer que así que se acabase la feria de Guibray vendrian todos á pasar unos dias en la posesion de su yerno, que estaba á dos legüecitas de la ciudad. Separáronse, pues, y luego que se acabó la cena, Santiago y Guillermo dejaron en su cuarto á M. Blondel y sus dos hijas, para entregarse al sueño de que tanta necesidad tenían.

En el siguiente dia y los sucesivos se ocupó M. Blondel en arreglar sus asuntos interrumpidos á

Si ser bueno te propones,
Haz sin hablar buenas cosas;
Más que palabras hermosas
Valen las buenas acciones.

JOSÉ ROSAS.

causa del incendio, y en pagar con los fondos de Santiago y Guillermo cuantas letras de cambio le fueron presentadas. Ultimamente, habiéndose acabado la feria de Guibrai, fueron todos cinco, según lo prometido, á la posesion en que vivia M. de Murval. Fueron acogidos por este y su familia con particular distincion. M. Blondel se hacia lenguas á cada paso de Santiago y Guillermo, que le habian anticipado hasta unos veinte mil duros para satisfacer sus empeños. «Quiero, decia el respetable fabricante, ir divulgando por todas partes este generoso sacrificio; y si han contribuido á conservarme el honor, espero contribuir por mi parte á aumentar su crédito y buena fama.—Nó, añadió Angélica con toda la prontitud de la mas viva gratitud; jamas olvidaré lo que ambos hermanos han hecho por nosotros.—Por mas que haga mi padre, dijo á su turno Luisa, no podrá cumplir nunca con ambos caballeros.—Solo hay un arbitrio, repuso M. de Murval.—¿Cuál? preguntó con viveza M. Blondel.—¿No se propone vd., añadió M. de Murval, dar acomodo á sus dos doncellas? ¿Quién podrá ofrecerles una dicha cierta y permanente, mejor que Santiago y Guillermo?—¡Ah! ¿qué es lo que vd. está diciendo ahí? repuso Santiago interrumpiéndole, es mucha la distancia: estas señoritas se merecen, y lograrán sin trabajo, colocaciones muy superiores á la nuestra.—¿De qué distancia habla vd.? respondió M. Blondel; son vdes. negociantes como yo; y su caudal, andando el tiempo, igualará ó excederá al mio. Reunen vdes. lo que mas estimo en los hombres, un buen corazon, una probidad sin mancha y el hábito del trabajo mas particularmente; y si piensan como yo mis dos hijas, serán de vdes.» Al decir esto, bajaron la vista Angélica y Luisa, y se quedaron sumamente silenciosas. «Mire vd. bien lo que dice, le respondió Guillermo con toda la efusion de una alegría sincera; todavía no hemos tenido lugar de querer y elegir una consorte; pero seriamos capaces de tomarle á vd. la palabra, y ser yernos suyos, si estas dos preciosas señoritas nos mirasen con toda la indulgencia de que tanto necesitamos mi hermano y yo.—Por lo que hace á mí, añadió Santiago con una profunda sensibilidad, temo pagar con el reposo de mi vida la felicidad de haber salvado la de M. Blondel. Los pocos dias que hemos pasado al lado de estas señoritas me han hecho experimentar lo que todavía no habia tenido lugar de conocer; y si alguna vez me ha pesado no tener la lucida exterioridad de una educacion fina, es seguramente en la presente ocasion.—¿Qué hace la lucida exterioridad, añadió Angélica, comparada con lo que debemos á vdes.?—Los bienhechores de nuestro padre, añadió Luisa conmovida, no necesitan de otros títulos á nuestra vista.....»

El consentimiento formal de Luisa y Angélica colmó el júbilo y felicidad de ambos hermanos, que

No oprimas nunca á tu hermano,
Que es la injusticia un delito;
Y es en la tierra maldito
El que se torna en tirano.

JOSÉ ROSAS.

arrojándose á sus plantas, les ofrecieron la seguridad de una inalterable dicha; y volviéndose en seguida hácia M. de Murval y su hija, exclamaban: «¡Oh, dignos amigos nuestros! gocen vdes. de sus beneficios; esta nueva felicidad es obra suya todavía..... Y vd., á quien ahora nos es lícito ya llamar con el dulce nombre de padre, dijeron á M. Blondel, ¡cuántas gracias damos al Todopoderoso por habernos proporcionado la dicha de ofrecerle algunos socorros!»

El buen viejo se hallaba tan conmovido, que la única respuesta que podia dar á sus yernos era abrazarlos tiernamente. La alegría resplandecía en todos los semblantes; y M. de Murval, igualmente que Eufrosina, quisieron que este duplicado enlace fuese celebrado en su casa.

Se pertrecharon, pues, en breves dias con los necesarios papeles; no tardó en llegar de Leon la familia de M. Blondel. Llegó finalmente el fausto dia, Santiago se casó con Angélica, y Guillermo con Luisa. Su asociacion no se turbó nunca con la menor disension, ni su doble enlace con la menor desazon. Llegaron á ser los primeros negociantes de Francia; pero su feliz éxito y sus cuantiosos caudales no les hicieron olvidar jamas á M. de Murval y su hija, que no cesaban de repetir que el poco bien que hacemos no se pierde nunca para la felicidad.

Angélica y Luisa fueron tan dichosas como su respetable padre lo habia previsto. Sus maridos, por grande que llegase á ser su crédito y opulencia, no tomaron jamas otros nombres que los de Santiago y Guillermo. En cuantas ferias recorrian, igualmente que en cuantos almacenes establecieron en país extranjero, tomaron constantemente por muestra: «A la pieza de oro.»

LA CABEZA Y EL GORRO.

[FABULA.]

«Calor y abrigo te doy,
Dijo el gorro á la cabeza;
Y nunca de igual fineza
Deudor en nada te soy.»

La cabeza, con desden,
Contestóle: «errado vas,
Pues si tú calor me das,
Calor te doy yo tambien.»

Olvidadizo te encuentro;
Mas piensa una vez siquiera
Que si me abrigas por fuera,
Tambien te abrigo por dentro.»—

*Muy errado el hombre vive,
Cuando solo se complace,
Pensando en el bien que hace,
Y no en el bien que recibe.*

EL TIEMPO PERDIDO.

[FABULA.]

De un jardin en el pozo
Solia divertirse cierto mozo
Horas pasando enteras y mortales
En subir y bajar sus dos pozales.
Su objeto era llenarlos
De dicho pozo en el profundo abismo,
Y subirlos arriba, y derramarlos,
No en el jardin, sino en el pozo mismo.
Viólo un anciano, y con su voz machucha,
Le dijo: «¿sabes, jóven, que no entiendo
Ese tu afan tremendo
En fatigar la sogá y la garrucha?
Si al verte sacar agua en tal manera
Te viese al ménos arrojarla fuera,
Veria yo algun fin en tu trabajo;
¿Pero á qué es emplear ánsia tan viva
En subir y subir el agua arriba,
Para luego otra vez volverla abajo?»
—«Yo me divierto, el mozo le contesta,
Con este rudo afan que á usted molesta;
Mas ya que usted se pone á reprendello,
¿Sabrá decirme lo que pierdo en ello?»
El viejo le replica: «¡jóven loco!
Pierdes el tiempo: ¿te parece poco?»

Opon siempre en la existencia
La caridad al rencor,
A la desgracia el valor,
A la injuria la paciencia.

JOSÉ ROSAS.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

¿Cómo es que á menudo falla aun la educacion mas esmerada? ¿cómo es que aun de las mejores familias suelen salir individuos, si no indignos, al ménos de mal carácter, en tanto que sin ninguna educacion, se desarrollan á veces hombres eminentes, que llenan ó cumplen con todo por sí mismos?

Las causas de esto son:

1. No siempre la instruccion mas esmerada es la mas sábia, y los mejores padres hacen á menudo el mayor daño por los medios que emplean para producir los mas grandes bienes. Por ejemplo, muchas clases de instruccion religiosa hacen al niño irreligioso; la virtud siempre vigilada, no puede subsistir cuando deja de vigilarse; la rigidez y la bondad, necesarias ambas en la educacion, solo llenan su objeto cuando se las emplea mezcladas en una proporcion justa.

2. Son muy comunes los casos, entre familias por quienes la educacion es cuidadosamente atendida, en que se emplea una demasiada uniformidad en el modo de educar á los niños, aunque ellos sean de diversos caracteres; y así se sigue que lo que á uno aprovecha, daña al otro.

3. La educacion que el individuo recibe de sus padres y preceptores, durante su crecimiento, no es lo único que influye sobre él; la influencia de otras personas y de las circunstancias, es frecuentemente muy grande, y ademas, obra sobre él de todos lados, mientras la educacion solo puede hacerlo sobre uno.

4. El hecho de que hombres eminentes han hecho todo por sí mismos, solo puede hacer ver que la educacion dada por otros hombres no es la única influencia que desarrolla; y que algunos pocos—y son casos muy raros—tienen suficientes poderes ó facultades innatas para sobrepujar todos los obstáculos; y que aun en estos casos no debemos mirar las circunstancias exteriores en que estuvieron colocados, y que tal vez eran precisamente las mejor proporcionadas á ellos, y por lo tanto, las mas adecuadas para llenar el lugar de la educacion; en el sentido ordinario de la palabra, lo que ellos necesitaban.

5. En tanto que pueden citarse algunos pocos ejemplos notables de hombres que han alcanzado buen éxito sin la educacion, necesitamos por exactitud tomar en cuenta tambien el gran número de aquellos que se han arruinado enteramente por falta de una sábia educacion.

6. Debe recordarse tambien que bajo la influencia de una educacion propia, esos hombres no solamente hubieran sido mas cumplidos, sino que habrian escapado á muchos peligros que les han dañado, aunque acaso tambien les hayan sido útiles.
—NIEMEYER.

En el afan mas profundo,
Piensa que el alma es muy fuerte:
Si no la vence la muerte,
¿Cómo ha de vencerla el mundo?

JOSÉ ROSAS.